

# Don Marcelino y Don Francisco

Por GREGORIO MARAÑÓN

UN amigo mío me ha hecho el regalo de una carta que don Marcelino Menéndez y Pelayo envió, hace ahora 36 años, a su padre, ilustre escritor también: de los que han perdurado y se han ennoblecido aún por la acción corrosiva del tiempo. La lectura de esta carta me ha producido una profunda impresión; mucho más honda que la que un documento de tan insigne firma había de causar en un español curioso y en un aficionado a los papeles viejos. Esta emoción era de otra categoría: era una emoción histórica, de "clave" de muchas cosas que han ocurrido después y que florecen en el momento actual: encrucijada de pasión fecunda de nuestra España. En la misiva, don Marcelino habla de unas elecciones a senador a las que presentaba él su candidatura; enfrente luchaba un profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Y con este motivo hace unos juicios acerbos del jefe del movimiento institucionista; movimiento intelectual, que entonces comenzaba a ser también social: de don Francisco, don Francisco Giner de los Ríos.

Conozco bien la letra menuda de don Marcelino. La letra tiene también sus modas; y ésta, española de fin de siglo, se parece a la de Pereda y a la de mi padre, amigos fraternales; y a la de otros contemporáneos, incluso a la del gran amigo de los tres, desde la acera de enfrente: Galdós. Conozco también la pasión con que el insigne crítico santanderino defendió, en privado y en público, su posición histórica en la cultura de España. Pero nunca tuve, hasta hoy, la idea precisa de lo que esa posición significaba y de lo que querían decir las posiciones opuestas. Ahora he comprendido una vez más, que todo está unido, en la vida de los pueblos, por lazos secretos y llenos de sentido; y que, acaso, lo que tiene conexión más íntima y más fecunda para el futuro no es lo similar y parejo, sino lo contrapuesto y divergente.

La España de hoy, como todas las etapas vitales de un pueblo, no es hija de una tendencia liberal o antiliberal, sino de la pugna entrañable de dos movimientos opuestos, pero en lo hondo, enlazados por las mismas raíces: por las mismas preocupaciones esenciales del pasado y del porvenir de la raza. Y esos dos movimientos no tuvieron sus representantes genuinos en los hombres políticos, que hablaban cada día, y mandaban o perdían y concitaban sobre sus idas y venidas la atención superficial de los cronistas; sino en dos hombres, no diremos que oscuros, pero sí apartados del bullir oficial. Dos españoles cuyos retratos no se publicaban a diario en los periódicos, y cuyos nombres sólo de tiempo en tiempo aparecían, en la crónica de las academias o en las

reseñas de los libros, escondidos al final de una columna de las planas muertas del diario. Estos hombres eran don Francisco y don Marcelino.

Al hundirse el imperio español y renacer el alma hispánica—es decir, en los años en que la carta fue escrita—se dibujaban claramente las dos corrientes directrices de la nueva hispanidad. Una, la que trata de anclar los restos de la nave desmantelada en el puerto glorioso del pasado; otra, la que quisiera alzar velas nuevas sobre los restos de la arboladura y dirigir el navío, enjovencido, hacia el porvenir. Menéndez y Pelayo era la tradición, hecha dignidad y eficacia, y no sólo herrumbre; Giner de los Ríos, la esperanza hecha método y energía, y no sólo quimera.

Refundida en los moldes viejos o modelada en formas originales, los dos querían lo mismo: una España nueva y grande. Pero, en la vida, lo que une o desune no son los propósitos, sino los métodos; las formas y no la substancia. Y bajo las pugnas espectaculares de los partidos políticos, bajo sus batallas y sus convenios de paz, se establece, sordo, duro, perpetuo, sin desmayos, el gran antagonismo entre las huestes que representaba don Marcelino y las que don Francisco conducía. Lo demás, es mentira. Castelar, republicano, adapta su vida a la monarquía. Sagasta y Cánovas representan una ficción de antagonismo político. Don Jaime de Borbón, jefe del carlismo, presume de liberal. Todo esto es vana apariencia de la realidad nacional. Pero bajo la superficie serena corren las dos Españas verdaderas, encrespadas, en dirección opuesta, respetando sus cauces pero esperando el momento de chocar.

La Monarquía pudo ser la clave del concierto de las dos energías antagónicas; de hecho lo fue bajo don Alfonso XII y bajo la reina Cristina, reyes constitucionales. Dejó de serlo cuando, al dar el poder—no al dejárselo quitar—a Primo de Rivera, la Constitución murió como ficción útil y se evaporó después en la dictadura. Quedaban al desnudo las dos energías auténticas. Ya no cabía el concierto, sino la cara o cruz. La dictadura fue el triunfo de la España mirando a la grandeza del pasado. Ahora, la República representa el desquite de la España orientada hacia el porvenir.

Y los dos hombres representativos de la lucha son éstos y no los caudillos aparatosos. No en vano el nombre de don Marcelino ha salido en los años pasados del panteón sereno de los hombres ilustres en la ciencia, donde el que entra, entra de puntillas, para servir de enseña a todo un movimiento político. Hace pocas semanas, un grupo de españoles de buena voluntad ha publicado un libro antológico del Maestro, que es como un credo de la España tradicional. Y no en vano, tampoco, la parte más eficaz de la España que hoy triunfa está formada por las falanges de los que aprendieron a vivir y a crear a la sombra de don Francisco. En el libro que Madariaga publicó sobre *España*, pocos meses antes de sobrevenir la República, libro que en todo el mundo sonó a profecía—y la profecía se cumplió—destacaba agudamente el papel primordial de la Insti-

tución en la era nueva que se anunciaba. Y, en suma, tienen en cierto modo razón los de la acera de enfrente cuando dicen que la República ha sido el triunfo de la Institución.

¿El triunfo de una secta? ¿El triunfo de una filosofía, del "terrible krausismo" como decía Menéndez y Pelayo? No. El triunfo de muchas cosas necesarias, que don Francisco Giner representó, pero que apetecían también al margen suyo, muchos españoles que no conocieron ni de vista al apóstol: el aire nuevo; la modernidad; la crítica personal de todo, sin vetos ajenos; la amplitud generosa en el criterio pedagógico; y, a la vez, una cosa formal pero de enorme trascendencia: el culto de los buenos modos, de la pulcritud, de lo que no es tertulia chabacana, ni casa liosa de huéspedes, ni café empapado de ocio maloliente; el amor al campo, a la madrugada casta, a la limpieza del cuerpo y a la noble energía física.

Mas todo esto, que hoy es ya un volumen denso y firme en la vida española, ¿es incompatible con la otra tendencia, la que representó don Marcelino, con su severidad tradicional y un tanto sensualista, de buen fraile español? No sólo no lo es, sino que del remolino actual, engendrado en el choque de las dos corrientes adversas, ha de surgir el cauce grande en que las dos están fundidas. ¿Por qué no? Sólo se necesita un poco—o un mucho—de comprensión, de tolerancia en cada bando. Esto sólo: que se pongan de acuerdo en una cosa esencial: en el reconocimiento de los valores morales; lo que el mundo actual, para desdicha suya ha olvidado.

Es decir, que don Marcelino, si resucitase, no pudiera volver a escribir esta frase terrible y representativa de mi carta: "Giner será todo lo bueno que se quiera, pero..."

*Porque cuando un hombre es bueno, no hay pero que valga.*

(De "La Nación". Buenos Aires).

## Poesía y Teatro de Federico García Lorca

Por JUAN URIBE-ECHEVARRIA

EL día que se haga la historia literaria de la generación española contemporánea, se podrá apreciar que José Ortega y Gasset en el ensayo filosófico, Ramón Gómez de la Serna en la novela y Federico García Lorca en la poesía, llevan por dentro una misma sangre literaria. Los tres han actuado sobre una misma tónica de creación literaria en sus respectivas especialidades. Los tres han sabido hermanar lo de adentro y lo de afuera, lo español y lo europeo, la tradición y la vanguardia, logrando que sus obras—animadas de

cierta jocundidad interior—tengan valores locales y universales.

Lo gitano, lo andaluz en los romances de García Lorca aparece en ocasiones sorprendido desde afuera, con ternura al par que con cierta ironía, dando realce a la anécdota. Antoñito el Camborio se dirige a Sevilla, mas no admite familiaridad alguna con el paisaje. Su compostura es la de un paseante de la calle de la Sierpe.

Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
con una vara de mimbre  
va a Sevilla a ver los toros.  
Moreno de verde luna,  
anda despacio y garboso;  
sus empavonados bucles  
le brillan entre los ojos.  
.....

(*"Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino a Sevilla". "Romancero Gitano"*).

Señores guardias civiles,  
aquí pasó lo de siempre:  
Han muerto cuatro romanos  
y cinco cartagineses.

(*"Romancero Gitano". "Reyerta"*).

Guardia civil caminera,  
dadme unos vasitos de agua.  
Agua con peces y barcos.  
Agua, agua, agua, agua.

(*Poema del Cante Jondo*).

En algunos de sus poemas más logrados predomina abiertamente la burla:

Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras,  
con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos  
por donde arriman ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.

Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.

(*"Romancero Gitano". Romance de la Guardia Civil Española*).

Desde luego, no es ésta la única forma en que García Lorca ilumina lo andaluz. Tenemos también la grave y trágica—el tema lo coge de adentro—del "Romance de la pena negra" y de "Romance Sonámbulo", cuyos cuatro primeros versos son las cuatro pinceladas fundamentales de un paisaje, del paisaje poético que a continuación desarrolla el poeta ante nuestros ojos: